

(*m*)

AHÍ

Existe un lugar que no existe. Se llega a él por un camino que, como es natural, tampoco existe. Podría pensarse que se trata de un lugar parecido a una isla desierta, pero no. Sabemos que las islas desiertas existen.

Tampoco existe quien vive en el lugar desde hace años, ni la garita de piedra y barro en que lo hace, con atención impertérrita. No existe a sus pies la escalera que se abre a veces en el suelo, de manera imprevista, y permite el regreso. Ni existe el polvo que acumula durante el viaje de vuelta y que debe sacudirse para que nadie la descubra cuando, tras empujar la trampilla del otro lado con esfuerzo descomunal, quien no existe ni vive en la garita de piedra y barro aparece en el comedor de su casa como si nada hubiese pasado, estuviera pasando, pudiera pasar.

Hay un lugar que no hay. No hay quien lo habite, pero quien se pasa los días explorándolo, recogiendo ramas secas para encender el fuego si hiciera frío, para causar un incendio si fuese necesario, pero cómo va a hacer falta algo donde no hay nada, donde es nada, donde nada.

Quien está ahí, en la garita de piedra y de barro, pero como al mismo tiempo no está ahí porque no hay ahí, desde ahí no puede avisar a nadie. Si ahí fuera una isla desierta, tarde o temprano un barco algo desorientado la descubriría. Unos náufragos intrépidos. O una agencia de viajes. Quien no puede señalar el lugar donde no está.

Quien no estaría ahí, si pudiera. Cree que no estaría ahí, porque estar ahí es incomprendible. Invisible. Ible. Pero está y, si no estuviera, iría a estar. Porque estar ahí es incomprendible. Invisible. Ible.

Quien, desde ahí, sabe que no es lo mismo la exclusión que el aislamiento. Castigo lo primero. Premio lo segundo. Qué alegría qué alboroto otro perrito piloto; en la tómbola a veces perritos piloto a veces ahí.

Entonces cómo lo explica, se pregunta quien a veces, cuando se hace preguntas desde ahí, justo desde ahí, y las respuestas son largas, están llenas de palabras, claro, de palabras que, juntas, tienen sentido solo ahí, porque allá no usan las palabras del mismo modo, y sobre todo no usan las

respuestas del mismo modo, y sobre todo, principalmente, no usan las preguntas del mismo modo, en general ni las usan, porque ensucian, terminan en signo de interrogación, y allá no gustan esa especie de colitas de cerdo enroscadas sobre sí mismas.

Por paradójico que pudiera resultar, ese lugar que no existe es incompatible con cualquier otro. Ahí y allá a la vez no pueden ser, a pesar de que solo allá exista. No son dos caras de la misma moneda ni los dos lados del espejo ni nada parecido. Uno es y el otro no.

Mientras está ahí, quien se ríe de sí misma. Cómo no reírse de todas esas colitas de cerdo dando vueltas a su alrededor, y del barro de la garita que, si lloviese, se desharía como una respuesta, que sirve para combatir la intemperie hasta que la intemperie la destruye.

A veces quien no está ni ahí ni allá, porque duerme. Y mientras duerme sueña siempre con estar ahí, con que ahí sea posible, con que ahí exista y alguien al fin también lo sepa aunque esté claro que no existe ni existirá jamás aunque desde luego exista.

FLAVIA COMPANY
Escritora